

Camus y la condición humana

(Notas sobre *La Caída*)

José Luis Garcés González
Profesor
Departamento Español y Literatura
Universidad de Córdoba

1

El renombrado escritor francés Albert Camus nació en Argelia en 1913, y fue hijo de un bodeguero, Lucien Camus, y de una mujer silenciosa por lo casi sorda, la española Catherine Sintès, quien sólo adulta, aprendió a leer y a escribir. Era esta una familia pobre que quedó sin padre cuando el futuro escritor tenía once meses de edad. Lucien Camus murió en Bretaña, en la guerra contra Alemania, derribado por un obús, algunas de cuyas esquirlas le mandó el gobierno francés a la viuda, ya que el cadáver no llegó. Camus empezó a estudiar en un Liceo de Oran y en 1930, a los diecisiete años, principió a escupir sangre. Va al hospital. La tisis lo puede matar, pero el joven Camus no quiere morir. Flaco y pálido, resistió, y esa vez la muerte lo respetó. Quedó tan esquelético que sus amigos lo apodaron El mosquito.

Quizá su novela más conocida sea *El Extranjero*, en donde narra los episodios que se sucedieron después del velatorio y entierro de la madre del narrador, Mersault, un hombre lleno de escepticismo, con una particular escala de valores: un hombre que no conoció a su progenitor y para quien la muerte natural no debe suscitar escándalo, por lo cual es inútil cualquier tropelía; pues ninguna pose, ningún dolor puede regresar el cadáver a la vida. Es el mismo Mersault quien afirma tajante que “todo el mundo sabe que la vida no vale la

pena ser vivida”; el Mersault asesino de un árabe, condenado por la indiferencia con que asumía las cosas de la vida; el Mersault que trató de explicarle al presidente del tribunal que lo juzgaba: “...cordialmente, casi con cariño, que nunca había podido sentir verdadero pesar por cosa alguna”; el Mersault que, próximo a la guillotina, le dice al sacerdote que lo visita en búsqueda de una confesión: que tiene poco tiempo disponible y no quiere “perderlo con Dios”.

Maurice Nadeau, en su libro *La novela francesa después de la guerra*, (Caracas, 1971) anota: “Sería justo pensar que, junto al artista, vivían en Camus el pensador, el moralista, el hombre de acción... Camus le daba la palabra alternativamente a las tendencias contradictorias que le destrozaban y se esforzaba, con una voluntad tensa y apasionada, por armonizarlas. Su genio literario se nutrió de esas contradicciones mientras esperaba la imposible armonía, la unidad tan deseada”.

En su ensayo *El Enigma*, escribió Camus: “Ningún hombre se ha atrevido jamás a pintarse como es”. Ciertamente, Camus, como todo hombre, y más en un escritor de su agudeza, es un ser contradictorio. Lo que asegura en *El Extranjero*, por ejemplo, lo rectifica un poco en lo que escribe en *La Peste*: en aquel campea la indiferencia, incluso ante la muerte de la madre; en la última hay manifestaciones diáfanas de solidaridad, como bella aunque

esquiva expresión del hombre; y así, lo que plantea el Dr. Rieux anticipa lo que años después practicarían Albert Schweitzer o la madre Teresa de Calcuta. En *La Caída*, Jean-Baptiste Clemence, capaz de traicionar a todo el mundo, es lo que Sartre llamó “un sinvergüenza”, que quizá no se quiere ni a sí mismo. En los cuentos de *El Exilio y El Reino*, por ejemplo, abandonando la postura moralista, impera la presencia de un arte narrativo depurado, que mira las profundidades subjetivas de los personajes. Algunos lo criticaron, y creyeron que había desertado de su condición de profeta, pero no hay que olvidar: Camus es un escritor, y es normal que retorne al discurso literario.

Mientras haya en él una línea esencial de conducta que lo oriente en su trasegar por la vida, no debe alarmar que un hombre sea un ser contradictorio. La contradicción, si es artista, puede estar en las maneras, en los enfoques, en las visiones, pero el fundamento de su filosofía se mantiene inalterado. Su contradicción le amplía el mundo, no se lo reduce.

Se ha acusado a Albert Camus de indiferentismo. Algunos que no entendían el desgarramiento que le produjo la guerra de Argelia lo calificaron de evasivo o de cómplice con la acción de las tropas francesas. Básicamente esto no era cierto. Camus, como el Inca Garcilaso de la Vega, se debatía entre

dos fuegos. Entre dos amores. Por una parte, estaba la tierra donde había nacido; por otro lado se hallaba la presencia del país donde se había hecho artista literario. Es más, la postura de Camus, sometida a laceraciones dolorosas, era una actitud intelectual. Esa actitud no la producía ningún arrebató del corazón. Era una especie de neutralismo meditado, una reflexión cultural frente a un problema de tanta envergadura. Muy distinta, por ejemplo, de la indiferencia mayoritaria que afecta a nuestra sociedad ante la masacre y la corrupción que está destrozando a la nación colombiana. Lo nuestro es falta de conciencia, carencia de una cultura política, quizá negligencia mental.

2

Camus desconfiaba de la idoneidad del hombre. Desde que enfermó de tisis en su juventud, negó la existencia de Dios. Su personaje de la novela *La Caída* es una muestra válida de su poca fe ante la condición humana, pero esto no le impedía asegurar que el hombre tiene que luchar por la dignidad y la justicia. Unos eran los personajes de sus ficciones; otro, era el ciudadano, el hombre que escribía vinculado a los avatares de su tiempo. Camus, por ejemplo, fue de los pocos editorialistas de la prensa francesa que manifestó su horror cuando fue lanzada la bomba atómica contra Hiroshima y Nagasaki en agosto de 1945.

.....

Camus, como el Inca Garcilaso de la Vega, se debatía entre dos fuegos. Entre dos amores. Por una parte, estaba la tierra donde había nacido; por otro lado, se hallaba la presencia del país donde se había hecho artista literario.

.....

La Caída, es una novela publicada en 1956. Camus ya cargaba el peso de la fama. Ya había editado *El Extranjero* (1942), y su posición moral y existencialista estaba definida. En lo existencial, para sus personajes, el mundo era un absurdo. En lo moral, todas las acciones eran estériles e inútiles. Y *La Caída* es la caída de todos; de lo social y de lo individual. Del individuo dual. Del fracasado contemporáneo. Es una auto-confesión descarnada, es un quitarse la máscara y botar toda la podredumbre para desmontar la farsa que se llama Jean-Baptiste Clemence: la farsa que es el hombre. Y es también la caída de la sociedad que, como una ley de la cosa viva, consume el tiempo entre la derrota y la desesperanza.

En la novela, el abogado que cuenta empieza narrando sus dudas, sus bondades, sus conflictos y luego entra a desatar el postigo de lo oscuro para verter en nosotros toda la dualidad escandalosa de su ser. A diferencia del que se utiliza en *El Extranjero*, el lenguaje de *La Caída* es más elaborado. Aunque describe paisajes interiores, el discurso logra expresiones profundas y poéticas.

Como sabemos, no sólo Jean-Baptiste analiza al prójimo; también contra él gira su escalpelo. “Gritaba a voz en cuello mi lealtad, y no creo que haya dejado de traicionar a uno sólo de los seres a quienes amé”, escribe con total indolencia.

Pero el hombre no es único. En él coexisten Dios y la bestia. Es doble. Hace y deshace. Afirma y después niega. En el alma la lucha es permanente. Y en determinado momento se da más seriedad de la que en verdad tiene. ¿Son serias las cosas humanas? Es una pregunta reiterativa de Jean-Baptiste. Pero él no la resuelve. Se interroga para dudar. Pero toda esa incertidumbre se le afianza cuando se entera de que ha estallado la primera bomba atómica. Y que ya todo, incluyendo la escala de valores, no será igual.

Sin embargo, hay una clave en Jean-Baptiste: vive entre los hombres pero no comparte sus intereses, y lo que hacía más en serio era en lo que menos se comprometía. La seriedad era una máscara.

3

¿Qué clase de delincuentes apoderaba como abogado en su época de esplendor, Jean-Baptiste Clemence? Apoderaba viudas, huérfanos y criminales buenos. Nunca aceptaba sobornos.

Defendía lo que él llamaba “causas nobles” y ejecutó, entre otras, las siguientes acciones:

- No recibir paga de los pobres.
- Rechazar la Legión de Honor.
- Ayudar a los ciegos a cruzar la calle.
- Dar indicaciones a los transeúntes.
- Empujar carros varados.
- Dar limosnas.
- Comprar flores a alguna vieja sabiendo que ella las había robado en el cementerio de Montparnasse.
- Practicar la cortesía.
- Ceder el lugar en el ómnibus o en el metro.
- Recoger objetos que una señora había dejado caer y devolverlos con una sonrisa.
- Entregar el taxi a una persona con más prisa.
- Dar chances.
- Otorgar una butaca para que una pareja se reuniera.
- Ayudar a colocar las vajillas en un viaje.
- Regalar objetos y dinero.

Pero esto, ¿qué consecuencias tiene? ¿Para qué sirve? Jean-Baptiste hace la práctica pero no cree en ella. Una cosa es la creencia, otra cosa es la acción. Según parece, la creencia está destinada para arreglar los problemas íntimos del espíritu; la práctica está encaminada a impactar al mundo exterior. Todo esto es inútil. Estos esfuerzos no generarán ninguna gratitud. El ser humano es ingrato por naturaleza.

Preguntarnos si estas actitudes tienen vigencia en el mundo de hoy, es realmente innecesario.

4

Maneja Jean-Baptiste en lo social una concepción arcaica, reaccionaria, destinada a llenar de antagonismos su vanidad. Definirse como un “partidario ilustrado” de la servidumbre no le aporta claridades a su visión de la vida. Como considera que ya no hay un Dios en el mundo, hay que inventarse un amo. (“Dios ha muerto”, escribió Nietzsche en Zarathustra, y el hombre, entonces, tiene que ser su propio Dios). ¿Para qué un amo? El maestro Rojas Herazo respondería: “Porque nuestra única e inexorable tarea es la de soportar, sin explicación ni descanso alguno, la condena de vivir”. Y si pensamos así, ante alguien hay que doblar las espaldas y rendir las cuentas.

¿Qué clase de criaturas somos? Las criaturas de la farsa. Los actores de una comedia en la cual no creemos. Los participantes de una pieza teatral que nos han impuesto. Y para corroborarlo, el personaje de *La Caída* se arrepiente de todas las felonías que ha hecho. Pero el arrepentimiento, la autocrítica de Jean-Baptiste no es auténtica. Él se arrepiente para poder, después, pecar con más tranquilidad. El ya clásico pecar y rezar, y así empatar. La trilogía del fariseo.

Este análisis amplio e irónico de la ya trajinada condición humana es un continuo preguntarse. ¿Ser solidario para qué? Después de todo, ¿qué quedaba? Tal vez ni la más leve memoria. Pero todas estas reflexiones, estos cuestionamientos, estas pérdidas de fe se produjeron luego de un largo proceso, en donde se combinaron la generosidad con las torpes vanidades. Y todo lo conduce a concluir que el hombre moderno hace, fundamentalmente, dos cosas: leer periódicos y fornicar. Informarse y buscar placer. Esta biopsia de las relaciones entre humanos quita, por ejemplo, la máscara

de la amistad y descubre la falsedad entre colegas, parientes o semejantes. Le arranca la tapa a ese gran caldero de hipocresía que es la sociedad. Lo cual, a la postre, lleva a Jean-Baptiste a informar que “cuando expresamos el dolor por los amigos o parientes muertos, no hacemos más que amarnos nosotros mismos”.

5

En este recorrido, el narrador se pasea por el olvido, la conciencia, la muerte, el amor, Dios. Olvidar, pongamos por caso, no es perdonar, es cortar la espina que agredió, pero no excluirla del recuerdo. La agresión se olvida, el perdón no se da. ¿Qué es la conciencia? Y Camus responde: “Un deseo loco de claridad”. En *Cartas a un amigo alemán* (1943-1944), el argelino afirma: “El hombre debe combatir el absurdo (lo que no tiene sentido), la crueldad del mundo, proclamar la libertad, la justicia y la felicidad en un universo que las niega”. Esto también lo sostenía en el periódico *Combat*. ¿Pero, acaso, su personaje Mersault, en *El Extranjero*, no es un “homus absurdus”? ¿Acaso Jean-Baptiste, en *La Caída*, no pregona la culpabilidad colectiva y predica la traición continua? Si, así es: Sus personajes profesan su propia ideología, que muy pocas veces es la del autor.

Jean-Baptiste tenía un concepto oscuro de su “misión” en la tierra. Creía, por ejemplo, que mientras haya vida el hombre debe confesar todas sus injusticias y tropelías. Pero no a Dios ni a un confesor. Mejor a un amigo o a la mujer amada. Y la muerte del cuerpo es un “castigo suficiente”. ¿Y la salvación? Ah, esa se consigue por la agonía que precede a la muerte. Y el mismo narrador se pregunta: “¿y qué soy yo después de todo? Un ciudadano viril en cuanto al orgullo, un macho cabrío de lujuria, un faraón lleno de cólera, un rey de pereza”. Pero, entonces, ¿qué pasa con Dios?

En la larga charla que sostiene con un extraño en el bar “México City” que a la larga

constituyen las 4/5 partes de *La Caída*, Jean-Baptiste acepta que Dios existe (aunque después niega esa existencia) para resguardar la inocencia, pues para castigar el pecado, el error o el crimen está el hombre, y de qué manera. Las guerras, las prisiones, los genocidios, los atentados son la expresión de ese castigo. Y no hay que esperar a que haya un juicio final, puesto que ese juicio final se realiza todos los días. Por otra parte, el personaje habla de la dualidad del crimen. Y pone un nítido ejemplo: los niños que asesinaron en Judea cuando Jesús nació, también murieron por él. La conclusión es clara: “el crimen no consiste tanto en hacer morir como en no morir uno mismo”. El hombre, pues, no sólo es responsable por lo que hace sino por lo que deja de hacer. El criminal no es sólo el que hace, sino el que debiendo hacer una acción, no la ejecuta. El pecador por omisión.

6

Y, a todas estas, ¿qué hace la sociedad? Fundamentalmente criticar, condenar. Juzgar y condenar. (No importa que en esta coyuntura la condena sea inefectiva). También lo hace la religión. Lo hacen los vecinos. Lo hacen los medios de comunicación. A nombre de todo y de todos. ¿Absolver? Muy poco. Cristo lo hizo con María Magdalena; no tiró sobre ella la primera piedra. Y Jean-Baptiste se radicaliza: “...puesto que todos somos jueces, somos todos culpables”, dice.

La historia de *La Caída*, por otra parte, gira en torno a descubrir qué es un “juez penitente”. Desde el principio Jean-Baptiste lo declara y lleva con audacia el enigma hasta el final. El dialogante y el lector, expectantes, esperan encontrar la respuesta. Y nos hallamos con que el juez penitente ejerce su profesión en cualquier momento y lugar (Jean-Baptiste cerró su bufete en París y se instaló en un bar de Amsterdam: el “México City”). Y asegura

textualmente: “Consiste primero en practicar una confesión pública, con la mayor frecuencia que sea posible”. Y amplía sin rubores: “Voy mezclando cosas que me conciernen con otras que se refieren a los demás. Tomo los rasgos comunes, las experiencias que hemos tenido juntos, las debilidades que compartimos... en fin, el hombre del día tal como se da en mí y en los otros”. Más adelante saca la carta marcada: “cuanto más me acuso más derecho tengo a juzgarlo a usted. Más aún, lo proceso a que se juzgue usted mismo, lo cual alivia mi trabajo”.

Y anexa: el juez penitente “no admite excusas para nadie y de entrada niega la buena intención, el error estimable, el paso equivocado, la circunstancia atenuante”. Vemos, pues, que este juez informal, se vapulea y hace que los otros se vapuleen y saquen el desastre que llevan por dentro. Otra modalidad del sillón sicoanalítico. Por algo decía Jean-Baptiste que lo que más le gustaba leer eran confesiones. Pese a que lo que la gente hace no es confesarse y mostrar sus taras en los libros sino “aplicarle afeites al cadáver”.

7

Hay necesidad de leer *La Caída* para conocer una visión duplicada de una vida que cuestiona los hechos y declara inútil todo acto. Este largo diálogo de cinco sesiones entre Jean-Baptiste y otro visitante del “México City”, que luego resultó abogado y francés, como él, está destinado a sembrar preguntas y a establecer terribles inquietudes. La literatura, pues, demuestra una vez más que es un instrumento efectivo para analizar la controvertida condición humana.

No debemos olvidar, por otra parte, que Albert Camus también hizo periodismo, teatro y fue un ensayista formidable. Era una conciencia despierta en el medio día del siglo XX. Nació en Orán (Argelia francesa) y murió en accidente de carretera, en una noche de

lluvia, reventado contra un árbol, en París en 1960. En 1957, a los cuarenta y cuatro años de edad, obtuvo el premio Nobel de Literatura.

En la entrega de ese premio, precisamente, leyó un discurso, en el cual señaló lo siguiente: “El arte no es a mis ojos un gozo solitario... El artista se forja en este perpetuo ir y venir desde él a los otros, a mitad de camino entre la belleza, de la cual no puede arrancarse. Es por eso que los verdaderos artistas no desprecian nada; se obligan a comprender en vez de juzgar, y si ellos tienen un partido que tomar en este mundo, éste no puede ser más que el de una sociedad en la que, según las grandes palabras de Nietzsche, ya no reine el juez sino el creador, sea trabajador o sea intelectual... El papel del escritor, por consiguiente, no se separa de deberes difíciles”.

Epílogo

¿Es pesimismo lo de Camus? Dicen que pesimista es un optimista bien informado. Lo de él no es ese derrotismo glandular que afecta el ánimo y convierte a los hombres en seres carentes de empujes y de aciertos, en derrotados de antemano. Lo de él es escepticismo después de haber observado, sentido, estudiado la realidad humana. Es la duda sobre la racionalidad del hombre, sobre la primacía del sentido común, la comprobación de aquello que dijera Descartes en “El discurso del método”: “El sentido común es el menos común de los sentidos”.

Cuando vemos las masacres, las bombas, los desplazados, los huérfanos, la guerra interminable, tenemos motivos para dudar de que el hombre sea un ser de actitudes lógicas, esa caña pensante de que hablaba Pascal. Lo que Camus encarnó en los personajes Mersault y Jean-Baptiste Clemence son modelos de comportamientos que, como percibimos, están vigentes en la Colombia de hoy. El poco valor por la vida, la práctica de la demagogia y la corrupción hacen parte de la agenda del día.

Mersault mató a un árabe y quizá la única explicación que dio fue que el sol al reflejarse en el cuchillo de la víctima le obnubiló la vista y lo obligó a disparar. Aquí también se mata porque alguien no es simpático, porque le chocó el carro, o porque le torció los ojos o le alargó los labios a un hombre que estaba armado. Es decir, se mata porque se tiene la razón de las armas, no las armas de la razón.

Este Camus, si sondeamos su literatura, es un escritor de buceos profundos a la práctica humana. Señalarla, delatarla, decir cómo es; mostrar la llaga que habita en nuestra alma. Conocer e indicar el mal, como se sabe, es el principio de toda curación. Camus, como todo buen escritor, no da recetas. Le toca al hombre meditar sobre ellas. La literatura hace parte del conocimiento del ser, es un factor de esa inmensa antropología existencial que posibilita librar al hombre de sus deformidades más atroces. Camus la utiliza para ello, y lo hace con destreza estética. De allí su enorme actualidad.

Entonces, como corolario y partiendo de las percepciones camusianas sobre la naturaleza humana, nuestro hombre contemporáneo tiene que ser reeducado en una alta escala de valores. Si, como dice el siquiatra Luis Carlos Restrepo, la edad mental del hombre colombiano no pasa de los tres años, y está estancada en una terrible crisis de confianza, toca girar radicalmente hacia una educación humanista, libertaria y responsable, que incluya desde el kinder hasta los más sofisticados medios de comunicación, que posibilite forjar una nueva y mejor generación de colombianos. Colombianos que vivan el tiempo histórico que corre y que aúnen la palabra que se pronuncia y la práctica que se ejercita.

El pesimismo de Camus está inserto en su metafísica creativa. Muchos de sus personajes son los derrotados. La reflexión los conduce a concluir, como ya lo hizo Sócrates hace

veintisiete siglos, que la vida no es más que una preparación para la muerte, y que su trascendencia está en entredicho. Pero el Camus ciudadano, tal como luego lo pregonaría Alejo Carpentier en su entrevista con Ramón Chao, no está desligado de sus deberes cívicos; no se dedica a maldecir la mala situación: por el contrario, enarbola en lo más profundo de su desconfianza el grito de alerta, la incitación perentoria hacia la realización plena de la dignidad individual.



Bibliografía

- CAMUS, Albert. *La Caída*, Editorial Losada, Buenos Aires 1977.
_____. *El Extranjero*, Emecé Editores, Buenos Aires 1979.
_____. *La Peste*, Círculo de Lectores, Bogotá, 1980.
_____. *Obras Completas*, Tomo II, Ensayos, Ediciones Aguilar, 1962.
NADEAU, Maurice. *La novela francesa después de la guerra*, Editorial Tiempo Nuevo, Caracas 1971.
TODD, Oliver. *Albert Camus. Una vida*, Tusquets Editores, Barcelona, junio de 1997.
VIACUARENTA. Revista N° 6. Barranquilla, 2000. P. 6.